BENJAMÍN CARRIÓN
PARA SIEMPRE
EN EL CORAZÓN DE MÉXICO

Galo Galarza

No sé si a estas alturas alguien cuestione que Benjamín Carrión, el escritor lojano nacido el 20 de abril de 1897 y muerto en Quito el 8 de marzo de 1979, sea el intelectual ecuatoriano más importante del siglo XX. No sólo por su obra literaria abundante, rica y variada, sino también por su capacidad suscitadora y alentadora, por su participación permanente y activa en la vida cultural y política de América Latina, por su lucha y defensa de las causas más justas y democráticas. Es posible que sí, que me equivoque y que a estas alturas se cuestione la estatura de Carrión, porque lamentablemente todavía existen algunas almas retorcidas que no saben reconocer los valores de verdad. Pero de lo que si estoy seguro es que fue el intelectual ecuatoriano y tal vez latinoamericano que más quiso a México, como él mismo lo declaraba a su amigo Jesús Silva Herzog, en una carta del 17 de junio de 1967, cuando se discernía la concesión del premio Benito Juárez:

"Esta vez creo que puedo tener alguna posibilidad para presentar mi candidatura a alguna de las tres diferentes líneas del Premio: la del civismo democrático, la de la investigación y realizaciones humanísticas y la relativa a literatura y artes. A lo cual se agrega mi devoción por México, mi devoción por Juárez y la de ser acaso el intelectual latinoamericano no residente en México □ como lo prescribe la convocatoria□ y no mexicano, que ha demostrado más afecto, más devoción por México… Más que el premio Nobel o el Lenin, me complacería éste, por ser el premio de México y yo considerarme el más fervoroso amigo de México en todo el ámbito de América Latina".[1]

Ese premio le fue concedido a Benjamín Carrión, junto al arquitecto brasileño Oscar Niemeyer y al científico argentino Federico Leloir (que más tarde obtendría también el Premio Nobel de Química). Fue un justo reconocimiento a tres de los intelectuales más brillantes de América Latina de aquel entonces.

[1] Benjamín Carrión, *Correspondencia II, Cartas mexicanas*, Editorial del Municipio Distrito Federal, Quito, 2003, p. 41.

A poco tiempo de recibir ese premio, Benjamín Carrión fue nombrado Embajador del Ecuador en México. Fue la segunda ocasión que tuvo esta designación. Antes había sido Ministro Plenipotenciario, en el año 1933. El también embajador Mario Alemán, poco antes de su muerte, escribió una excelente nota sobre el trabajo que desempeñó Benjamín Carrión al frente de la Embajada en estas dos ocasiones y que se publicó en el Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión.[2]

Al término de su misión diplomática retornó a radicarse en el Ecuador, pero se llevó a México consigo. Adquirió con el dinero del premio una pequeña finca en el valle de los Chillos a la que bautizó "Villa Juárez" y a la que decoró, con la ayuda de Aguedita, su fiel y bella compañera, tal si fuera un espacio mexicano: allí colocó —yo he tenido el privilegio de verlo— las grandes vasijas de la talabartería poblana, los platones oaxaqueños, las máscaras mixtecas, los colores y los sabores mexicanos. Hasta sembró plantas nativas de este país. Pero sobre todo, siguió escribiendo acerca de México, exaltando sus autores y obras. En su libro *Los creadores de la Nueva América* hizo un estudio magnífico sobre José Vasconcelos; en *Mapa de América* otro sobre Jaime Torres Bodet; en *América dada al diablo* incluyó un ensayo dedicado a la historia mexicana; en *La suave patria y otros textos* incluyó estudios sobre Ramón López Velarde y Gilberto Owen; en *La patria en tono menor* escribió ensayos sobre Carlos Pellicer, Alfonso Reyes, otra vez López Velarde y algunos otros autores mexicanos. Redactó decenas de prólogos y artículos para libros sobre México o sobre temas relacionados con este país. Y mantuvo una correspondencia activa con los más destacados escritores mexicanos: Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Gilberto Owen, Leopoldo Zea, entre otros, como lo demuestra un volumen primorosamente editado que se titula precisamente: *Cartas mexicanas*. Benjamín Carrión, en definitiva, se llevó a México en su corazón hasta el día mismo de su muerte.

Por ello, cuando vine como Embajador a México a finales del año 2006, busqué en su ciudad capital y en otras varias alguna calle o escuela o centro cultural que llevara el nombre de este gran amigo de México, y para mi sorpresa y tristeza no encontré nada. Mientras Gabriela Mistral, por ejemplo, la gran escritora chilena, premio Nobel de Literatura y amiga de Benjamín Carrión, había sido reconocida —con toda justicia por cierto— dándole su nombre a muchas escuelas, calles y plazas, Carrión no tenía el más mínimo reconocimiento. Envié por ello una carta al Jefe del Gobierno del Distrito Federal, Marcelo Ebrard, haciéndole notar esta falencia y presentando un alegato al que acompañé las cartas mexicanas que me enviaron desde Quito los nietos de don Benjamín. Ebrard, en un gesto que siempre reconoceremos los ecuatorianos, contestó mi carta positivamente y dispuso que un comité estudie y se pronuncie sobre mi petición. El comité se pronunció positivamente y el 10 de agosto de 2009 se colocó una placa en homenaje a Benjamín Carrión en una de las más bellas plazas de la ciudad de México, aquella que alberga a los museos Franz Mayer y De la Estampa, situada frente al parque de la Alameda, a pocas cuadras del palacio de Bellas Artes. En pleno corazón de la ciudad.

Pero Marcelo Ebrard y su excelente equipo de colaboradores, entre los que debo destacar a la doctora Alejandra Moreno Toscano, quisieron ir más lejos. Dispusieron que el destacado escultor mexicano Pedro Filiberto Ramírez Ponzanelli comience a esculpir una imagen en bronce de Benjamín Carrión para colocarla en este céntrico lugar. Una imagen que no fuera la clásica del prócer subido en el corcel o empuñando la amenazante espada o coronado de laureles, sino que fuera una representación que se acoplara a la vida cotidiana de la plaza. Y es así como se concibió a Carrión sentado frente a una mesa jugando ajedrez, con su clásica sonrisa franca de hombre sabio y presto a iniciar una larga conversación. Junto al muro donde se colocó la imagen en bronce se puso la inscripción: "*Seamos una potencia de cultura, porque para eso nos autoriza y alienta nuestra historia*". Es decir, su filosofía de vida, la que le sirvió para redactar decenas de páginas para promocionar y resaltar las culturas de nuestros pueblos.

A partir de hoy, 24 de mayo, fecha tan importante para el calendario de la patria ecuatoriana, cuando se selló su independencia en la Batalla de Pichincha de 1822, se quedará Benjamín Carrión para siempre en el corazón de la ciudad de México que es decir en el corazón de este gran país al que tanto amó. Los jóvenes, los viejos, los enamorados, los caminantes podrán sentarse en las mesas que tienen dibujados tableros de ajedrez para iniciar sus partidas y de paso conversar imaginariamente con este gran escritor ecuatoriano, que cuando evocaba a la Ciudad de México en el año 1959, decía:

Ciudad de México se ha convertido en uno de los sitios del mundo. Orgullosa de haber rebasado, de largo, los cuatro millones de habitantes. Convertida en la capital indiscutible del mundo de habla española, por sus antecedentes, por su capacidad atractiva de gentes e ideas. Segura de su belleza, es hoy —de lo que yo conozca, que no es poco— la ciudad más florida del mundo…

México D.F., 24 de mayo de 2011

[2] *Re/incidencias. Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión*, Año III, número 3, diciembre 2005, pp. 143 a 177. El artículo se titula: "Benjamín Carrión, diplomático".

Galo Galarza Dávila. Escritor y diplomático ecuatoriano. Embajador del Ecuador en México desde octubre de 2006. Es autor de varios libros de narrativa, como *En la misma caja* y *La dama es una trampa*, y coautor del libro *Ecuador en el mundo, 1830-2006.* Su obra consta en algunas antologías de relato ecuatoriano e iberoamericano. Ha representado a su país en Nicaragua, Cuba, Estados Unidos, Canadá, Francia y Australia.